



Se dice que los argentinos somos efusivos, expresivos y temperamentales. Que por la pinta podemos parecer europeos, pero que en el fondo somos más bien latinos. Amamos salir y divertirnos. Somos hombres y mujeres de familia y de fe. Nos encanta reunirnos y festejar cuando hay un motivo y, si no lo hay, lo inventamos. Excusas sobran y, puertas adentro, siempre hay lugar para uno más alrededor de la mesa. Un buen asado, un rico té o una fuente gigante de fideos, eso es lo de menos. Enamoradizos y de proles numerosas. Hijos, hermanos, amigos, sobrinos. De relaciones y parentescos fuertes.

El mundo nos cree egocéntricos y, de alguna manera, eso es lo que demostramos. Parecemos atropellados y, varias veces, improvisados. Para un extranjero, manejar en Buenos Aires es superar un escollo impensable. Irrespetuosos de las leyes de tránsito y de los peatones, nos movemos a gusto y *piacere* sin mirar a nuestro alrededor. Pudimos ser un país desarrollado, pero nos quedamos en el camino. Por la soberbia quizás y porque a lo largo de la historia, cada gobernante reinventó la política, y ninguno mantuvo cierta continuidad en el tiempo.

Curiosos, apasionados y efusivos. Sumamente sensibles y solidarios. Perseverantes y, a veces, exaltados. Amantes del fútbol, de la cerveza, la carne y de nuestros paisajes. Receptores de una herencia tan rica como surtida que fue mutando y transformándose con el paso del tiempo, hasta convertirnos en esta amalgama heterogénea de personas y personajes. Y así estamos hoy, de frente a éste, nuestro primer Bicentenario.

Rosario Lanusse
Directora

